

versal recompensar así en forma decorosa a quien ha dedicado años de su vida a acumular saber o experiencia, útil en cierta medida para los demás. Pero no había parado allí la hospitalidad de Cartagena sino que la Legislatura compuesta de jóvenes, incontaminados de rotarismo, dictó su acuerdo pecuniario y lo mandó fijar en las esquinas, dictó también una resolución haciéndose solidaria de mi campaña por el despertar de la raza y la defensa contra el imperalismo...

Quizás esta adhesión me perdió... Yo tengo mi lista mental de las personas que me ayudaron en Colombia y son tantas que he preferido trasladar mi gratitud al país entero. Ahora don Eduardo se ha encargado de recordarme algunos nombres para con quienes estoy sinceramente obligado; pero yo quisiera averiguar, y don Eduardo no me ayudó para el caso, aunque se lo referí en aquella ocasión, de dónde procedió la orden a las autoridades de Cartagena para que apresuradamente deshicieran lo hecho, como se verá en seguida. Pueden estar tranquilos sin embargo, los rotarios; yo sé tener calma y no desespero de que la verdad en detalle se abrirá paso. Por ahora seguid escuchando lo que se supo de hecho, lo que se vió a plena luz...

Sucedió que después de tan brillantes preparativos, cuando llegué a la estación de Cartagena, no aparecían los Comisionados para recibirme... Entre los tres o cuatrocientos escolares que generosamente me aguardaron, hubo alguien que me indicara el nombre de un Hotel y para allá me fui con mi único acompañante, mi generoso amigo, Luis Enrique Osorio.

En el Hotel empezaron las explicaciones, todas ellas desautorizadas, pero verídicas. Se me mostró el ejemplar del *Diario de la Costa*. Me saludaban, me declaraban su colaborador, sin duda porque durante años sin mi autorización y sin pagarme habían estado reproduciendo mis colaboraciones de *El Tiempo* de Bogotá... pero me advertían que estarían en contra mía si yo tenía el mal gusto de ir a atacar a los norteamericanos en instantes en que se inauguraba la política sabia del acercamiento, etc., etc. Yo no llevaba la menor intención de atacar así en masa a los Estados Unidos, país que conozco mejor que los que sólo lo han visto desde el mundo cerrado de la diplomacia. No era mi propósito atacar a los Estados Unidos ni me preocupaba la política local del instante, ni le tenía la menor antipatía... pero pongo al más sereno en mi caso y estoy seguro, enfrente a tales provocaciones gratuitas y serviles, contestaría lo que contesté... por escrito al *Diario* en cuestión, por medio de su reportero...

Algunos diputados firmantes del decreto nos visitaron, algunos caballeros independientes nos hicieron un instante compañía; antes de dos horas habíamos averiguado el cambio súbito del panorama. El decreto legislativo estaba siendo retirado de las esquinas... y cuando al día siguiente se pre-

El poema perdido

—Envío del autor—

*¿No te habremos de gustar?
Por ambición sin medida
el poema de la vida
concluyé sin terminar.*

*Porque sólo un poema existe:
escanciarnos de la vida,
la fruta está ya exprimida,
primavera ya no viste
¿Quién habla de eternidad?*

*¿Qué ha sido pues del sentido
de la tan dicha existencia?
¿Cuando todo ya se ha ido,
pretendemos empezar!*

*Si vivir ya no sabemos,
si la vida es vanidad,
si dicen de Ti: Clemencia,
¿por qué mi poema, existencia,
no me has dejado empezar?*

Max Jiménez

Octubre, 1931.

guntó al Gobernador sobre la suerte del decreto pendiente de ratificación, el señor Gobernador declaró que éste estaba aprobado, pero que no mencionaba mi nombre sino sólo votaba una partida para agasajar huéspedes distinguidos y mi persona... afirmó el señor Gobernador... ¿No es distinguida?, le interrogaron... No es diplomático... repuso.

En prueba de alteración de un texto de ley en mi perjuicio tengo el testimonio de una ciudad y los mensajes del corresponsal del *Tiempo*, que se mostró muy franco y sincero en el caso... Véase el *Tiempo* de fines de abril del año mil novecientos treinta...

Nunca olvidaré el afecto leal de aquel joven profesional de Cartagena, mi acompañante de la primera noche que pasé en el puerto. Desde el día siguiente me acompañó además de Luis Enrique Osorio, el rebelde venezolano Aristeguieta de la más pura nobleza de Hispanoamérica. No olvidaré jamás mi paseo férreo, por la ciudad, para mí desierta... arrepentida de verme, pero todavía opulenta en su vieja arquitectura, noble en sus plazas, singularmente atractiva en sus interiores iluminados y abiertos al calor del trópico. Mi buen acompañante no advertía el deleite con que yo evocaba la grandeza española de aquella plaza fuerte y pensaba en su retorno a la grandeza a pesar de las genticillas menudas del momento... Mi joven amigo detenía de pronto la marcha, para exclamar... esto es horrible, esto es una vergüenza... a dónde vamos a ir a parar... ¿Sería orden de Bogotá? ¿Sería la Andian? ¿Sería el Ministro de México?... y bajando la cabeza, levantaba las manos en actitud de catástrofe... Vamos, le dije, lléveme a beber agua de coco en alguna venta de negros... porque lo que es por aquí, en los cafés bien, van a ofrecernos soda embotellada en la Nueva Jersey...

Arriba las estrellas se reían en un cielo profundo.

Pero no me fui de la ciudad heroica, antiguo baluarte donde se estrellaba el poderío anglosajón, no me fui sin hablar. En el local de un Colegio galantemente ofrecido desahugué mis iras del momento. Hice ver al público que rebosaba en las salas... lo serio de la penetración puesto que lograba destruir, falsificar un acuerdo de la soberana legislatura de Cartagena. Aplaudía el público indignado, dándose apenas cuenta de una situación contraria al temperamento colombiano y, de pronto, en un silencio se oyó un grito: Viva Calles... Era un gordo cualquiera... empleado de la Andian, gritó el público, y sin ceremonia lo echaron fuera. Probablemente rotario de Cartagena, pienso yo ahora. El incidente dió a muchos la clave... pero fue más grande el enojo, la indignación pública que el enojo y la indignación mías. Y amé a Cartagena esa noche.

Ya ve Ud. entonces, mi querido Luis Eduardo, porque como Ud. lo reconoce, yo demuestro cariño a Colombia...

Sólo que esta Colombia que yo quiero y con la que estoy en deuda no es precisamente la Colombia Rotaria que usted nos descubre. Me quitaron en Cartagena dos mil dólares, pero no me quitaron los corazones cartagenses... Acuérdense de esto los panamericanos, en los días que vienen...

El párrafo más desafortunado del escrito de don Luis Eduardo es aquél en que dice: "Da la coincidencia desconcertante de que fueron rotarios quienes mejor le ayudaron en su propaganda. La invitación a Colombia se la hizo Eduardo Santos, Director de *El Tiempo* y rotario desde su fundación. Y entre los amigos de todos los instantes, oyentes de sus conferencias, estuvimos entre otros rotarios, el maestro Sanín Cano, Luis E. López de Mesa, Pablo de la Cruz y el autor de estas líneas..." Será muy rotario, pero no me parece nada bogotano, eso de citar en apoyo de una tesis los favores otorgados al contrincante. No quiero que el recuerdo gratisimo de la comida que don Luis Eduardo Nieto Caballero me ofreció en su hogar, se empañe con la sugerencia de que iba a vedarme, esa bondad, mi libertad de criterio en cualquier asunto... No insisto... Por fortuna a Sanín Cano lo conozco y lo admiro de todo corazón sea o no sea rotario... Hombres como él y como Eduardo Santos, López de Mesa, de la Cruz, y el propio Luis Eduardo, están por encima de los mambres que las circunstancias les pongan. Lo que no resulta digno de ningún Caballero, mucho menos de don Luis Eduardo, es el argumento de que por tener amigos rotarios, no se deba censurar el rotarismo...

Es cierto que don Eduardo Santos, no sólo me invitó a ir a Colombia, sino que me hospedó en Bogotá y me obsequió un pase en los servicios de aviación de la Scadta, el cual utilicé de Barranquilla a Girardot. Pero aparte de estos servicios personales, yo le agradezco a Santos sus campañas anti-imperialistas en *El Tiempo* de Bogotá y